

*Es un amante que se duele en llanto  
 y enjuga sus lágrimas por miedo al delator.  
 ¿No es verdad, jugo de nube —el agua—  
 que los regatos traen a los leones  
 como si fueran mercedes que el Califa  
 prodiga a los bélicos leones?  
 ¡Tú, que inmóviles los ves,  
 sabe que sólo el temor los queda!  
 ¡Oh prole de Ansares que heredaste  
 nobleza que aventaja a los altivos,  
 sea la paz de Dios contigo y vive siempre  
 reanudando el festín, abatiendo al enemigo!*

Que prodigio se transfiera a la vista desde cada rincón donde los yesos se irisan en abigarrada frondosidad decorativa, o el caleidoscopio del tiempo conjura a las historias de esclavas danzarinas y logarítmicas insidias de Abencerraje y Sultán. No fábula, no trasgos, no hay moros encantados en toda la lírica peripecia del patio, la fantasía se dispara, traspasando las presencias, para habitar en otra dimensión de la locura, donde la luz no es consciente de su fraude, donde el espacio se sumerge en la opalina delicia de las fuentes. Beatitud celeste se apercibe mediante símbolos que aluden a una prometida felicidad, sosegada y tranquila como los palmerales del oasis beduino: ¿qué otra cosa, si no, semejan esas ahiladas teorías de columnitas, tan ágiles que parecen cimbrarse por sus delgados fustes? El huésped de este sosegado ámbito diríamos que ha alcanzado su «estación total», nada se niega a la delicia abrigada por los muros, como insumisa y rebelde al programa constructivo del resto del Alcázar. «Hay en ella hermosuras evidentes y hermosuras ocultas», tal lo cantan los muros epigrafiados de una de sus salas fronteras, heridos por el lírico cálamo de Aben Zamrak. No hay duda de este aserto y es fácil comprobar la realidad por el juego de las antítesis, por la ingeniosa mística de la ilusión perpetuamente alterada en su fluir. La permanencia es atributo divino con exclusividad; en el jardín todo cambia, víctima de la vorágine de las horas, de la tiranía de las estaciones, del capricho de la luz.

Aquí, la luz es un fluido líquido y presente que se vierte en los ámbitos de los espacios truncados, invadidos por las formas de sucesión ilimitada; para el saber del creyente, el punto medio entre lo eterno y lo creado es continuo. Rutilantes estrellas, que no cúpulas erizadas de estuco, coronan los flancos del prisionero jardín. Allí, la alquitarada norma nos conduce y se refugia —inmaterializada y pura— sobre el trasfondo nocturno que alerta el alba y su corazón de nácar. Pero esa crecida ebriedad de las bóvedas, esos ilusionismos provocados por el despliegue de los arcos, esa pasión inmóvil de atauriques engarzados sobre el perfil del aire, continuación sin fin serán por do correr —gemelos— espacio y tiempo. A través del modulado ritmo transido del sonido de los surtidores, con su goteo vivo, el canal nos lleva en su brillo de sombra hasta la estancia, plena de contrastes en su lírica anarquía. Y los muros gritan su canción al que los mira, y la magia comienza, y el vacío se sacia de magia:

Soy el jardín que al orto se adorna de belleza:  
 y, si contemplas con hermosura, de mi condición sabrás.  
 Pues por el Imán Mubammad, mi señor, compito  
 con lo más noble que será o ha sido.  
 ¡Por Dios, que sus obras superan en fortuna  
 a todo monumento!  
 ¡Qué delicia aquí para la vista hallas!  
 Por ella el noble corazón sus deseos retoña.  
 Se guarecen aquí en la noche las cinco pléyades,  
 y el viciado aire alborea exhalando sus delicias.  
 Luce una cúpula brillante que no ha par  
 de ocultas y evidentes hermosuras.  
 Salúdala Géminis con su extendida mano  
 y acude a ella, a conversar, la luna.  
 Desearían los rutilantes astros incrustarse en ella  
 y no más girar en su celeste curso  
 y en ambas estancias esperar sumisos  
 y como esclavas servirle a porfía.  
 ¡Oh, maravilla fuera que los luceros  
 perdieran vuelo y traspasasen  
 el límite fijado en la sideral esfera  
 para, presto, servir a mi Señor,  
 pues quien al Glorioso sirve, gloria alcanza!  
 El alcázar con la celeste bóveda compite  
 por causa de pórtico tan bello.  
 Lo reviste con tan hermosa gala  
 que en olvido pones al tisú del Yemen.  
 Cuantos arcos se alzan en su cúspide  
 sobre columnas por la luz bañadas,  
 planetas crearás que son que, en su girar,  
 apagan el brillo de la naciente aurora.  
 Columnas en todo tan hermosas  
 que, cual proverbio, andan  
 en lenguas de la Fama.  
 Lanza el mármol su luz clara  
 invadiendo las tinieblas,  
 brilla herido por el brillo  
 y pensarás que perlas son, pese a su altura.  
 Jamás vióse palacio más cumplido,  
 de más claros ámbitos y espacios.  
 Jamás rióse jardín más florido  
 de más exquisito aroma y dulce fruto.  
 Paga al cadí de la hermosa par tributo,  
 pues, al alba, dejan en la mano del céfiro

*justos dracmas de luz,  
mientas que luego dinares de sol  
sus troncos ornan...*

Todavía la gama del amor, de ese amor disímil del corazón del árabe, trasciende los límites del espacio y se cobija en el primor de compactas superficies claroscuras, inunda los zócalos, bulle confuso en los ritmos decorativos de la alcoba vecina al patio, y se arredila en el mirador de Lindaraja. Presidirá allí suspendido el plácido sesteo de las concubinas que al azar invita a competir con tanta literaria gacela, desolada luna o frágil flor:

*Aquí el aire esparce su fresco aliento:  
la atmósfera es diáfana y agradable el céfiro.  
He llegado a reunir toda belleza hasta el punto  
que de ellas luz toman los astros en el firmamento.*

En este cosmos diminuto se trueca todo en su caudal inagotable, se encadenan los contrastes y la realidad cede su puesto al artificio, tan tirano, a veces, y constante que priva de inmediata emoción al poema:

*En verdad que en este jardín soy un ojo  
de gozo lleno y mi pupila  
es Mubammad, mi señor,  
por su generosidad alabado y su valor,  
el de nombre más alto  
y más apacible ser  
luce en el firmamento del reino  
la luna del buen augurio  
cuyos benéficos influjos duran  
y espléndido es su fulgor.  
No es otro él sino el sol  
que aquí tiene su casa  
y do derrama su luz,  
va allí su beneficio.  
desde mí contempla la extensión de su reino  
cuando en el solio del Califato  
brilla luciendo su esplendor.  
Hacia el lugar donde juegan los céfiros,  
vuelve su vista,  
y do tronan tranquilos tras sus homenajes rendir.  
Contempla en aquellos parajes  
tanta dulzura  
que su vista se extasia  
y absorto queda su entender.  
En este sitio aparece un firmamento de cristal  
que admiración causa.*

*En él la belleza se estampa  
y de ella se orna enriquecido.  
La luz y los colores en él  
se esparcen, y en tal manera  
que ser pudieran  
semejantes o distintos.*

Mundo confundido, aprisionada belleza, alquitarado lar de las luces, el agua o la poesía. Recinto fósil de una dicha nunca saciada, nunca extinta. Cada verso es un haz de imágenes que, en la peripecia del patio, se agavilla y somete al polícromo dictado de la aventura, a la amorosa, misterica, nocturna y —de improviso— sonora y solitaria vida de la Alhambra.

EMILIO DE SANTIAGO SIMÓN

## Un multitudinario encuentro de cineastas latinoamericanos

Por primera vez asistíamos al Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana; doble curiosidad, entonces, ya que era también nuestra primera visita a Cuba. La experiencia, para el observador de los problemas políticos, sociales y económicos de Iberoamérica, era por lo mismo inevitable y atractiva, ya que un Festival de cine suele ser un microcosmos peculiar, un viaje oceánico y terrenal por las infinitas cintas de celuloide; pero el de La Habana tiene una constante referencia a los citados problemas del continente, que son tantos. Y Cuba, por supuesto, tiene una posición muy definida, que en parte se reflejaría en los filmes proyectados.

Los que han asistido al certamen desde sus comienzos, nos aseguran que éste, el séptimo, es el más ambicioso y multitudinario. El número de invitados se ha duplicado con creces, hasta acercarse a las mil personas; más de cien periodistas extranjeros (entre ellos el prestigioso Marcel Martin y un equipo completo de TV española); directores de otros festivales, entre ellos Lino Micciché de Pesaro; muchos directores latinoamericanos, entre los cuales se cuentan algunos tan prestigiosos como Joaquim Pedro de Andrade (Brasil), Jorge Sanjinés (Bolivia), Miguel Littin (Chile), Fernando Birri (Argentina), Fernando Solanas (Argentina) y Eduardo Coutinho (Brasil).

Una serie de escritores, que participaban del II Encuentro de intelectuales por la